

\$3.0 No.2

el fakir

PRESENTA

CABEZA DE GALLO



COLECCIÓN
CABEZA DE GALLO



CÉSAR DÁVILA ANDRADE

LUIGI STORNAIOLO

**CABEZA
DE GALLO**

ki



Sobre la colina cerníase una diabólica tormenta de vitalidad. Entre las parvas de bagazo rojizo y los galpones embanderados, entre el olor de la tierra recalentada y las emanaciones de los toneles, la plaza ardía como un horno encendido la víspera. Oíanse disparos de pólvora vana. Grandes globos de colores cabeceaban en el aire; a veces, una racha de viento les hundía los flancos y derivaban peligrosamente como criaturas golpeadas en el abdomen.

Ignoraba a dónde iba y con quiénes estaba. Todos constituíamos una gran familia enajenada, rodeada de vapores y espejismos. Las vociferaciones, los cánticos, y el estrépito metálico de las bandas de música, nos volcaban en el centro de una barahúnda boba, surcada por sacudidas de mecánica cordialidad. El aire resonaba y refulgía en torno a nosotros y alguien daba disparatadas vueltas al manubrio de esta máquina de sonidos y visiones. De un momento a otro, íbamos a ser paridos estruendosamente sobre un mundo encendido por los cuatro costados. La atmósfera como una matriz gigantesca empezaba a contraerse y sus musculosas paredes exprimían nuestros cuerpos hasta convertirlos en guiñapos. Era aterradoramente bello ser batido y molido con los dioses y las nubes, los caballos, las mulas y las cañas y los toneles y las tiendas de colores que crujían, y olvidar todos los límites dentro de aquel fluctuante cataclismo, mar de formas y percepciones. A ratos llegábamos al infinito y volvíamos repelidos por las cascadas del océano universal, tan parecido a un baño de cieno caliente. Los jinetes, ya borrachos, atravesaban la plaza con sus caballos encintados, y nos golpeaban sin causarnos daño. Todos los peligros se tornaban curiosamente blandos dentro de la holgada y calurosa cavidad



de la fiesta: una entrañable demencia les quitaba el poder de herir. En cierto momento apreté los dientes para no ahogarme y logré recordar que me hallaba en medio del carnaval de la colina de Barriovientos. Experimenté entonces una punzante extrañeza a causa de mi propia reflexión, pues allí sólo había sitio para esa cosa inaudita que es la vida recalentándose dentro de la gran vasija del aturdimiento. Y no sé cómo me vi en una de las esquinas de la plaza, junto al hombre encargado de elevar los globos. En ese instante hinchaba con humo de chamizas un gran globo elíptico sobre el que estaba pintada una custodia con sus rayos de oro. En el centro de la base, a dos palmos del suelo, ardía una bola de estopa que mandaba el aire caliente al interior del globo. Las superficies vibraban y crujían contra el viento. Cuando estuvo lleno y a punto lo levantó hasta la altura de su rostro, le imprimió un movimiento circular, y el globo partió cabeceando hacia la altura.

En medio del resplandor de la mañana, las llamas errantes se volvían invisibles, pero aunque sus lenguas eran absorbidas por la luz del sol, no perdían su fuerza ascensional y las huecas figuras se empequeñecían cada vez más y tomaban los rumbos más caprichosos. Algunas, súbitamente desventradas por una espada de fuego, se precipitaban como guñapos lacios en la lejanía, en tanto que otras eran arrastradas hacia los bosques o caían cerca de una casa perdida en el campo, o terminaban de arder sobre un tejado ante el sobresalto de los mayores y el asombro de los niños.

Seguí el globo en que iba pintada la custodia y llegué a una pequeña explanada en la que un grupo de personas rodeaba a un campesino encorvado en la tarea de cavar un hoyo. A su